

CAPITULO III

FUTURO AUMENTO DE LA PRESIÓN SOCIAL

Cuando esto escribo, los árboles no han comenzado á echar hoja ni las flores á brotar; no obstante, al pasar por la parte baja de Broadway estos primeros días de primavera, se tropieza una corriente precipitada de hombres y mujeres mal vestidos, que llevan paquetes, cajas y toda clase de equipajes. Cuando la estación avance, la corriente humana crecerá; ni siquiera en el invierno cesará por completo. Es el gran torbellino que va de Europa á América, la mayor emigración que se conoce desde que el mundo existe. Otras ramificaciones menores tiene el torrente. A Boston y Filadelfia, á Portland, Quebec y Montreal, á New-Orleans, Galveston, San Francisco y Victoria, llegan derivaciones de la misma corriente; y según va manando, va recibiendo mayor caudal de los afluentes. La emigración á América ha reducido; desde 1848, redujo la población de Irlanda en más de un tercio; pero cuando mengua la habilidad irlandesa para engrosar el torbellino, crece la emigración inglesa; el chorreo alemán aumenta tanto, que toma las mayores proporciones, y millones de italianos, hostigados por una necesidad tan inflexible como la de los irlandeses, comienzan á bambolear los buques de emigrantes. En

Castle Garden puede apreciarse la laya y oír el habla de todos los pueblos europeos. Desde los *fjords* de Noruega, desde las llanuras de Rusia y Hungría, desde las montañas de Watalachia y desde las costas é islas del Mediterráneo, centro algún día de la civilización clásica, va haciéndose más caudalosa la corriente. Cada año aumenta la facilidad de su curso. Año por año, los progresos en la navegación á vapor van reduciendo prácticamente la distancia entre los dos continentes; año por año, los ferrocarriles europeos van facilitando á las poblaciones del interior el embarque; y el telégrafo, el periódico, el maestro de escuela y la estafeta de correos, van aminorando las objeciones que la ignorancia y el sentimentalismo oponen á la marcha y que tan arraigadas están en las personas que han vivido mucho tiempo en un mismo sitio. No obstante, á pesar de este gran escollo, la población de Europa, en conjunto, crece rápidamente.

Y á través del continente, de Este á Oeste, desde los Estados antiguos hasta los nuevos, avanza una emigración todavía mayor. Nuestro pueblo emigra más fácilmente que los de Europa, y por grande que sea la inmigración europea, se hace, sin embargo, cada vez un factor menos importante de nuestro desarrollo, comparado con el aumento natural de nuestra población. En Chicago y San Pablo, Omaha y Kansas City, el caudal de la corriente que avanza hacia el Oeste ha subido, no disminuido. Desde lo que poco tiempo ha, era el nuevo Oeste, poblado de praderas inmaculadas y bosques vírgenes, baja una continua emigración hacia otro nuevo Oeste.

Esta expansión hacia el Oeste ha avanzado rápidamente desde el primer establecimiento de la costa oriental. Ha sido el gran rasgo notable en la situación

de nuestro pueblo. Sin ella no hubiéramos sido nada de lo que somos. Nuestro más elevado programa de sueldos, de comodidad y de inteligencia media, nuestra superior confianza en nosotros mismos, nuestra energía, nuestra inventiva, nuestra adaptabilidad y nuestro poder asimilativo, brotan tan directamente de esta posibilidad de expansión como nuestro desarrollo sin igual. Todo aquello de que nos enorgullecemos en la vida y en el carácter nacional deriva primordialmente de nuestro fondo de tierra por cultivar. Somos europeos trasplantados, y por esto mismo, de las «clases inferiores» en su mayoría. No emigran por lo común los que están en posición decente y los que divisan espléndidas perspectivas; sino los que están oprimidos y no se encuentran satisfechos, los que no ven abierto ningún horizonte. Hay colegios de heráldica en Europa que hacen un buen negocio con proveer á cierta clase de americanos de genealogía y escudos de armas; mas probablemente redundan en bien de esta estima de nosotros mismos que la mayoría no podemos, en realidad, trazar nuestra alcurnia. Tenemos algunos padres peregrinos, verdad es; asimismo tenemos algunos padres cuáqueros y otras clases de padres; con todo, la mayoría de los primeros colonos no vinieron á América por «libertad para servir á Dios», sino porque eran pobres, no estaban satisfechos, lograban mal éxito ó tenían espíritu inquieto, aventurero; quíenes porque fueron desposeídos, algunos por escapar del encarcelamiento, muchos porque habían secuestrado niños, no pocos como esclavos que se vendían, como aprendices ó como soldados mercenarios. La virtud del nuevo suelo, la libertad concedida oportunamente por la posibilidad de expansión es lo que aquí ha convertido en saludable material

humano lo que, si hubiera quedado en Europa, hubiera sido degradante y peligroso, de igual modo que en Australia las mismas condiciones han hecho ciudadanos respetados y que se respetan de los descendientes de criminales y hasta de los mismos criminales.

Puede ponerse en duda si se ha reconocido plenamente la relación del descubrimiento del Nuevo Mundo con el desarrollo de la civilización moderna. En muchos respectos, el descubrimiento de Colón ha sido el acontecimiento más importante en la historia del mundo europeo desde el nacimiento de Cristo. Cuán importante ha sido América para Europa al proporcionar una salida para los inquietos, los disgustados, los oprimidos y los esclavizados; como las influencias emanadas de las libres oportunidades y la libre vida de América han reaccionado sobre el pensamiento y la vida europea, sólo podemos comenzar á comprenderlo cuando tratamos de imaginar cuál hubiese sido la actual situación de Europa si Colón sólo hubiera encontrado un desierto marítimo entre Europa y Asia, ó un continente poblado como la India, China ó Méjico.

Y, correlativamente, uno de los acontecimientos más importantes que hubieran podido ocurrir al mundo moderno sería la terminación de esta posibilidad de expansión occidental. Que debe alguna vez acabar es evidente, cuando recordamos que la tierra es redonda.

Prácticamente, este acontecimiento está casi próximo. Su sombra está ahora filtrándose sobre nosotros. No es que haya peligro alguno de que este continente llegue á tener exceso de población. No es que no haya, hasta dentro de mucho tiempo, aun á razón de nuestro actual desarrollo, abundancia de tierras por

poblar ó de tierras sólo en parte pobladas. Pero no contemos con sentir los resultados de lo que se llama la presión de la población, de presenciar aquí la presión del mismo género que obliga á los europeos á emigrar á nuestras costas. Europa no está hoy poblada en exceso. En Irlanda, de donde hemos recibido tan inmensa emigración, no está cultivada ni una sexta parte del terreno y la hierba crece y las bestias pacen donde un día hubo pueblos populosos. En Escocia reina la soledad del bosque y del pantano donde, un siglo ha, había casas de hombres. Puede uno atravesar en ferrocarril los más ricos distritos agrícolas de Inglaterra sin ver apenas más casas que en el valle de Platte, donde el búfalo andaba en manadas hace algunos años.

Doce meses ha, cuando los setos florecían, pasaba yo por un hermoso camino inglés, cerca de la cabaña de ese «pastor» de la llanura de Salisbury, de quien leí algo cuando muchacho en un libro que es una buena muestra de las cosas horrendas que muchas veces se dan á los niños como alimento religioso, y que todavía es distribuido, á lo que presumo, por la Sociedad Americana, como por la Inglesa. A un lado del camino había una vasta extensión de fértil terreno, en que no se había hundido en aquella estación ninguna reja de arado, porque su poseedor sacaba una renta mayor de la que los arrendatarios pudieran darle. A otro extendíase, en muchos acres (1), un parque señorial con su aterciopelada verdura, no hollada á no ser por un ciervo ligero. Y cuando pasaba por allí mi compañero, natural de estos sitios, se quejaba amargamente de que, desde que este señor del palacio ha-

(1) Medida inglesa de 4046 metros cuadrados.—(N. del T.)

bía cercado este recinto verde y clavado sus vallas entre la hierba de la orilla del camino, los aldeanos no podían mantener un ganso, ¡y los niños no tenían sitio para jugar! Sitio allí había de sobra, pero por lo que á los niños tocaba, estarían tan bien en Africa ó en la Luna. Y así, en nuestro extremo Oeste, he visto inmigrantes labrando penosamente en largas distancias, á través de tierras desocupadas, sin encontrar un sitio donde se atrevieran á establecerse. En un país donde los manantiales y los arroyos están todos cercados por vallas que nadie puede escalar, el viajero, si no fuese por la caridad, perecería de sed, como en un desierto. Hay muchas tierras desocupadas en la Isla de Manhattan. Pero en la Isla de Manhattan los seres humanos están más estrechamente empaquetados que en ninguna otra parte del mundo. Por allí á cada hombre corresponden cuarenta acres, de los cuales nunca respira una bocanada, puesto que tiene su hogar en el *yacht* que navega por aguas europeas. Pero por todo esto, miles de niños mueren en New-York todos los veranos por falta de él, y mil más morirían si las personas caritativas no sostuviesen los depósitos de aire fresco. La presión social que arroja á nuestras costas esta hinchada marea, no deriva del hecho de que la tierra de Europa está toda ocupada, sino de que está toda apropiada. Este será pronto también nuestro caso. Nuestra tierra no será ocupada, pero será «vallada».

Todavía hablamos de nuestro vasto dominio público, y hay en los informes de nuestro Ministerio de Agricultura cifras que presentan millones y millones de acres de tierra pública sin apropiar. Pero ya es tan difícil encontrar terreno público dispuesto para el arriendo, que la gran mayoría de los que desean arren-

dar encuentran más barato comprarlo, y el alquiler en California y el Nuevo Noroeste pasa de un cuarto á medio la siega. Debe recordarse que el área que figura en las ganancias de nuestro dominio público incluye todas las grandes cadenas de montañas, todos los vastos desiertos y secas llanuras, solo propias para el pastoreo, ó ni siquiera para eso; debe recordarse que, de lo que es realmente fértil, millones y millones de acres están cubiertos por concesiones de ferrocarril que no tienen patente, que muchos se sostienen por la apropiación del agua, y que muchos más se mantienen incultos por reclamaciones de varios géneros, que, legales ó ilegales, son suficientes para alejar de allí al arrendatario, á menos que consienta en pagar una suma determinada ó en hipotecar su trabajo por espacio de algunos años.

No obstante, la tierra es todavía relativamente barata entre nosotros. Pero esto no puede continuar por mucho tiempo. El torrente de inmigración que va aumentando, añadido á nuestro desarrollo natural, pronto ocupará ahora las tierras útiles para elevar el precio de las tierras más pobres á una altura que nunca hemos conocido. Casi veinte años ha, Mr. Wade, de Ohio, en un discurso en el Senado de los Estados Unidos, predijo que á fines del siglo el acre de buena tierra agrícola en la Unión valdría al menos 50 pesos. Ya vemos que su predicción se cumplirá. A fines de siglo, nuestra población, siguiendo el curso normal de crecimiento, será de cuarenta millones más que en 1880. Es decir, al cabo de los siguientes setecientos años, una población adicional mayor que la de todos los Estados Unidos, al fin de la guerra civil exigirá sitio. ¿Dónde encontraremos tierra barata? No podemos avanzar más hacia el Este, porque hemos

llegado hasta el Pacífico, y más allá del Pacífico está el Este con sus innumerables millones. Desde San Diego hasta Ruget Sound, no hay valle de la línea de la costa que no esté poblado ó comprado de antemano. A las fronteras de la República ya han llegado los colonos. La presión es ya tan grande, que la especulación y la colonización comienzan á cruzar la frontera Norte, penetrando en el Canadá, y la frontera Sur, penetrando en Méjico; y está colonizándose y haciéndose útil un territorio que algunos años ha hubiera sido desechado, tierra donde el invierno dura seis meses y el termómetro llega á cuarenta bajo cero; tierra donde, debido á la insuficiencia de las lluvias, una siega es siempre un peligro; tierra que no puede ser del todo cultivada sin riego. Los vastos espacios de la mitad occidental del continente no contienen la proporción de tierra arable que la parte Este. El «gran desierto americano» todavía existe, aunque ahora no esté marcado en nuestros mapas. No queda hoy en los Estados Unidos ninguna extensión considerable de terreno, no arrendado ni reclamado, en el cual puedan establecerse colonos con la mira de encontrar una dependencia en los límites del gobierno. Ya la marea de colonos acosa con furia las reservas indias, y si no fuese por el poder del gobierno central, se precipitaría sobre ellas. Ya, aunque su población no es nada más que una fracción de seis por milla cuadrada, el último acre del vasto dominio público de Tejas ha pasado á manos privadas, habiendo sido tal durante el año pasado la puja por adquirirlo, que tuvieron que venderse muchos miles de acres más del Estado.

Veamos lo que sucede por la avidez con que los capitalistas, y especialmente los capitalistas extranjeros, que comprueban cuál es el valor de la tierra donde

no se deja ninguna para que la población pueda extenderse libremente, compran terrenos en los Estados Unidos. Este movimiento ha continuado tranquilamente durante algunos años, hasta ahora en que parece como si apenas hubiese un rico par ó un adinerado banquero inglés que, ó individualmente ó como miembro de alguna compañía, no posea alguna extensión de nuestra nueva tierra, y todos los días continúa la compra de vastos terrenos por cuenta de extranjeros. Con estos señores territoriales ausentes deben pactar nuestros futuros millones.

No debe olvidarse que, mientras nuestra población va aumentando y nuestros «terrenos incultos» están siendo apropiados, la capacidad productiva de nuestro suelo está reduciéndose rápidamente, lo que en la práctica equivale á reducir su cantidad. Hablando en general, la agricultura de los Estados Unidos es una agricultura exhausta. No devolvemos á la tierra lo que sacamos de ella; cada cosecha que se recoge deja el suelo más pobre. Talamos bosques que no replantamos; exportamos trigo, algodón, tabaco y carne; arrojamos al mar por las alcantarillas de las grandes ciudades los elementos de fertilidad que se han almacenado en el suelo por el lento proceso de la naturaleza obrando durante muchos siglos.

Está casi próximo el día en que no será ya posible para nuestra creciente población ensancharse libremente sobre nuevas tierras; en que necesitemos para nuestros millones el inmenso sobrante de géneros de alimentación ahora exportado; en que no sólo comencemos á sentir esa presión social que se inicia cuando todos los recursos naturales están monopolizados, sino que la creciente presión social de aquí aumentará la presión social de Europa. Cuán importante es este he-

cho, comenzamos á comprenderlo cuando buscamos otra salida de la que los Estados Unidos nos proporcionan. En vano miramos. Las posesiones inglesas al Norte de nuestro país, abrazan relativamente poca tierra arable, los valles del Saskatchewan y Red River están comenzando á poblarse y la especulación de la tierra se ha convertido ya en fiebre. Méjico ofrece oportunidades para la empresa americana, el capital americano y el comercio americano, pero apenas para la emigración americana. Hay sitio para nuestros colonos en esa zona septentrional, que ha quedado desolada por los belicosos indios; pero hay muy poco. Los territorios de Méjico y las partes de la América Central y del Sur fronteras á nuestro pueblo, están ya ocupados por una población que no podemos expulsar á no ser, como los sajones expulsaron á los antiguos bretones, por una guerra de exterminio. El capital, las empresas y la influencia anglo-sajonas, dominarán indudablemente á estas regiones, y muchos de nuestros habitantes irán á ocuparlas; pero será como los ingleses van á la India ó á la Guinea inglesa. Donde la tierra está ya concedida y donde el trabajo del peón puede considerarse como un sueño, no puede llevarse á cabo una emigración como la que se ha precipitado por la parte occidental sobre los Estados Unidos. Así en Africa. Nuestra raza ha establecido un alojamiento permanente en el extremo meridional de ese vasto continente, pero su avance hacia el Norte está detenido por los calores tropicales y la presencia de razas de vigorosa vitalidad. Al Norte, las ramas latinas de la familia europea parecen haberse aclimatado y probablemente revivirán algún día la antigua abundancia de habitantes é importancia del Africa Mediterránea; pero apenas proporcionará una

salida para otros además de ellos. En cuanto al África Ecuatorial, aunque la exploremos, la civilicemos y la hagamos progresar, no podemos colonizarla por causa del clima y de las razas, que aumentan más bien que desaparecen en presencia del hombre blanco. La tierra arable de Australia podría ser ocupada muy pronto por algo que se pareciese á la emigración que Europa arroja á América, pero allí el monopolio de la tierra avanza tan rápidamente como aquí. Así llegamos al mayor de los continentes, del cual salió un día nuestra raza por su parte occidental: Asia—la madre de los pueblos y de las religiones—poblada por millones de hombres que viven y mueren en la inconsciencia absoluta de nuestro mundo moderno. En el despertar de estos pueblos por el contacto de la civilización occidental, estriba uno de los mayores problemas del futuro.

Mas no es mi propósito entrar en tales especulaciones. Lo que quiero indicar es que estamos muy próximos á perder una de las condiciones más importantes que nuestra civilización se ha desarrollado: la posibilidad de expansión sobre el suelo virgen que ha dado sentido y libertad á la vida americana y suavizado la presión social en las naciones europeas más progresivas. Las tendencias, inofensivas con esta condición, pueden hacerse más peligrosas cuando ha cambiado. La pólvora no hace explosión hasta que está aislada. Podéis apoyar vuestra mano en la boca de una prensa hidráulica. No hace más que agitarse suavemente. Pero, ¡esperad un momento hasta que encuentre resistencia!

CAPITULO IV

DOS TENDENCIAS OPUESTAS

Tan libre, tan elevada, tan múltiple y tan amplia es la vida de nuestra época, que, mirando hacia atrás, no podemos menos de sentir algo como lástima, si no desprecio, por las generaciones anteriores.

Las comodidades, las conveniencias, los lujos, que un poco antes la riqueza no podía comprar, son ahora cosas de uso ordinario. Viajamos en una hora, fácil y cómodamente, lo que para nuestros padres era un día de dura jornada; enviamos en unos minutos mensajes que en su época hubiesen tardado semanas enteras. Estamos más en relación con remotos países que ellos con regiones poco distantes; sabemos como cosas vulgares lo que eran para ellos secretos inviolados de la naturaleza; nuestro mundo es mayor; nuestro horizonte es más vasto; en el curso de nuestra vida vemos más, hacemos más, aprendemos más.

Considerad la difusión del conocimiento, la rápida transmisión de la inteligencia. Comparad los libros de escuela usados por nuestros hijos con los libros de escuela usados por nuestros padres; ved cómo las ediciones económicas han puesto al alcance de las plebes los tesoros de la literatura; cuán enormemente ha aumentado el número de novelistas, historiadores y

poetas; cuán superiores son las mismas novelas despreciables y apuntes de historia con que se entretienen las modistas á las rudas baladas, discursos y confesiones que antes eran sus prototipos. Mirad los diarios, leídos por los más pobres, que les dan vislumbres de lo que ocurre en todas las clases de la sociedad y noticias de todas las partes del mundo. Pensad en las revistas ilustradas que todas las semanas sacan á luz millones de cuadros de la vida en todas las fases y en todos los países: ciudades á vista de pájaro; retratos de hombres y mujeres distinguidos; sesiones de parlamentos y congresos; el esplendor de las cortes y la vida grosera de los salvajes; los triunfos del arte; las glorias de la arquitectura; los progresos de la industria; las perfecciones de los inventos. Un panorama como el que, semana por semana, pasa ante la vista de hombres y mujeres vulgares, no hubieran podido disfrutarlo los más ricos y poderosos hace una generación.

Estas cosas y muchas otras que sugerirá la mención de éstas, ejercen necesariamente una gran influencia sobre las ideas y sobre los sentimientos. Las supersticiones mueren; los prejuicios desaparecen; asimílanse los trajes y los modales; las simpatías se agrandan; nuevas aspiraciones agitan á las masas.

Venimos al mundo con el espíritu dispuesto á recibir cualquier impresión. A los ojos de la infancia todo es nuevo y ninguna cosa más sorprendente que otra. En todo lo que está más allá de la experiencia común, adoptamos las creencias de los que son superiores á nosotros, y sólo los entendimientos más vigorosos pueden elevarse sobre las opiniones aceptadas en su época. En una comunidad donde esa opinión prevaleciese, la gran mayoría de nosotros creería que la

tierra es una llanura sostenida por un gigantesco elefante tan firmemente como ahora creemos que es una esfera que gira alrededor del Sol. Ninguna historia es demasiado falsa, ninguna fábula demasiado absurda, ninguna superstición demasiado degradante para que se acepte cuando se ha incorporado á la creencia común. Los hombres se someterán á los tormentos y á la muerte, las madres inmolarán á sus hijos en defensa de las creencias que aceptan. ¿Qué cosa más antinatural que la poligamia? Sin embargo, ¿ved cuánto tiempo y en cuántos sitios ha existido la poligamia!

En esta tendencia á aceptar lo que encontramos, á creer lo que hemos visto, hay algo bueno y malo. Esta tendencia hace posible el progreso social y ella misma lo hace tan lento y penoso. Cada generación consigue sin esfuerzo la suma de conocimientos á duras penas conquistada y que se le ha legado; así también se ve esclavizada por errores y perversiones que del mismo modo recibe.

Así se mantiene la tiranía y se perpetúa la superstición. La poligamia es antinatural. Esto lo demuestran hechos evidentes de experiencia universal. La proporción uniforme en que están los sexos en el mundo; lo exclusivo del sentimiento con que en saludables condiciones se atraen uno á otro; las necesidades impuestas por el lento desarrollo de los hijos, indican que el intento de la naturaleza es la unión de un hombre con una mujer. Sin embargo, aunque repugna á los hechos más evidentes y á los instintos más arraigados, la poligamia parece una cosa perfectamente natural para los que están educados en una sociedad donde se ha convertido en una institución aceptada, y sólo por medio de grandes esfuerzos y muchos com-

bates puede arrancarse esta idea. Así ocurre con la esclavitud. Aun para espíritus como los de Aristóteles y Platón, poseer un hombre parecía tan natural como poseer un caballo. Aun en este siglo XIX (1) y en esta «tierra de la libertad», no hace mucho que los que negaban el derecho de propiedad á la carne y á la sangre humana, eran denunciados como «comunistas», como «infeles», como «incendiarios», inclinados á transformar el orden social y á destruir todos los derechos de propiedad. Así sucede con la monarquía, así con la aristocracia, así con otras muchas cosas tan antinaturales que todavía se aceptan sin discutir. ¿Puede haber algo más antinatural — es decir, que más repugne á la recta razón y á los hechos y leyes de la naturaleza—que ver que los que menos trabajan disfruten más de las cosas que produce el trabajo? «El que no trabaje, no comerá.» Esto no es únicamente la frase del Apóstol, es la ley evidente de la Naturaleza. Sin embargo, en todo el mundo, la vida de las clases trabajadoras es dura y pobre, mientras que los que no ayudan á la producción ni con la mano ni con el cerebro, viven con lujo y suntuosidad. Nos hemos acostumbrado á esto, y por eso nos parece natural, como la poligamia, la esclavitud, la aristocracia y la monarquía parecen naturales á los que están acostumbrados á ellas.

Pero los hábitos mentales que hacen parecer natural este estado de cosas están á punto de desaparecer; las supersticiones que impedían que se les discutiese se disuelven. Las revelaciones de las ciencias físicas, el conocimiento, cada cada vez más amplio de otras épocas y otros pueblos, la difusión de la educación, la

(1) Téngase en cuenta cuándo se escribió la obra.—(N. del T.)

emigración, el viaje, el resurgimiento del espíritu crítico y el cambio de los antiguos métodos están destruyendo las creencias que hicieron que masas de hombres se satisficieran con la situación de leñeros y aguadores, están suavizando las costumbres y aumentando las simpatías, están extendiendo la idea de la igualdad y de la fraternidad humana.

En todo el mundo los hombres van estando cada vez menos satisfechos con las condiciones con que sus padres se hubieran contentado. En vano se les dice que su situación ha mejorado mucho; en vano se les indica que están á su alcance comodidades y diversiones con que sus padres no habían soñado. El haber conseguido tanto, sólo les sirve para preguntar por qué no tienen más. El deseo crece con lo que les aviva. El hombre no es como el buey. No tiene un límite determinado de satisfacción. Elevar su ambición, educarle para que tenga nuevas necesidades, es como hacer que quede descontento de lo que posee. Nos resignamos á lo que creemos, que no puede mejorarse; pero cuando nos aseguramos de que es posible esta mejora, entonces somos obstinados. Esta es la explicación de la paradoja que De Tocqueville juzgaba sorprendente; que las masas hallan más intolerable su situación cuanto más perfeccionada está. Muy acertados estaban los códigos de esclavos que prescribían castigos y penas por enseñarlos á leer, y razonaban bien los que se oponían á la educación popular con el pretexto de que arrastraba á la revolución.

Mas hay hoy en la situación del mundo civilizado algo más portentoso que una creciente inquietud por males que han de durar mucho tiempo. Todo tiende á fomentar el sentido de la igualdad natural, á elevar las aspiraciones y ambiciones de las masas, á excitar

una percepción cada vez más clara de la grave injusticia de las desigualdades existentes, del privilegio y de la riqueza. Sin embargo, al mismo tiempo, todo tiende al rápido y monstruoso aumento de estas desigualdades. Nunca, desde que los grandes caudales devoraron las entrañas de Roma, ha visto el mundo tan enormes fortunas como ahora se labran. Y nunca vió tampoco mayores proletarios. En el periódico que contenía en muchas columnas un relato del baile de Vanderbilt, con sus magníficos trajes y sus ricos diamantes, con su profusión de rosas, que costaban cada una dos pesos, con sus preciosos vinos manando como agua, lei también una carta en que se contaba que, en una delegación de policía próxima, treinta y nueve personas—diez y ocho de ellas mujeres—habían buscado refugio, y que al día siguiente fueron llevadas á los tribunales y enviadas á la cárcel por seis meses. «Las mujeres, decíase allí, gritaban y sollozaban amargamente cuando se las conducía á la cárcel.» Cristo nació de una mujer, y profesó tierno amor á María Magdalena. Pero alguna de estas criaturas humanas, hechas á la imagen de Dios, se han convertido en bichos tan despreciables, que las debemos mandar á la cárcel, sin que esto tenga nada de particular.

El ferrocarril es una cosa nueva. Apenas ha comenzado su obra. No obstante, ya ha diferenciado al hombre que cuenta sus rentas á millones por mes, y á los miles de hombres contentos con trabajar para él y vivir en la pobreza. ¿Quién pondrá límites, si continúan dominando las actuales tendencias á las grandes fortunas de la generación siguiente ó los correlativos de estas grandes fortunas, los viajes?

La tendencia de todos los inventos y perfecciones, que tan asombrosamente aumentan el poder produc-

tivo, es concentrar enorme riqueza en manos de unos pocos; hacer la situación de los muchos más desesperada; reducir á la condición de máquinas para la producción de la riqueza de que no han de disfrutar, á hombres cuyas aspiraciones van en aumento. Si una sola excepción, que yo sepa, el efecto de todos los modernos adelantos industriales, es la producción en mayor escala, la minuciosa división del trabajo y el dar á la posesión de grandes capitales una ventaja excesiva. Hasta invenciones como el teléfono y la máquina de escribir, tienden á la concentración de la riqueza, aumentando la facilidad con que pueden manejarse los grandes negocios, y disminuyendo las limitaciones que, después de llegar á cierto punto, hacen más difícil una extensión mayor.

La máquina tiende en todo, no sólo á ponerse fuera del alcance del trabajador y hacerse su propio amo, sino á reducirle á la situación de simple sirviente; á prescindir de la inteligencia, la actividad y los músculos, á no ser en algunos sobrestantes; á reducir á todos los demás á la monótona obra del autómeta, para el cual no hay más porvenir que la misma invariable vuelta.

En el antiguo sistema de obra manual, el trabajador trabajaba mucho y muy rudamente; pero en su trabajo tiene compañerismo, variedad, el placer que resulta del ejercicio de la habilidad creadora, el sentido de ver cosas que en su mano toman forma perfecta. Trabajaba en su casa mano á mano con su dueño. El trabajo estaba ilustrado por la emulación, por la charla, por la risa, por la discusión. Cuando aprendiz, aspiraba á convertirse en un jornalero; cuando jornalero, aspiraba á ser amo y tomar á su vez un aprendiz. Con algunos utensilios y algún material nuevo era inde-

pendiente. Trataba directamente con los que empleaban los artículos perfectos que producía. Si no encontraba un mercado para el dinero, encontraba un mercado para el cambio. Ese terrible miedo—el miedo de encontrar cerradas las puertas de la vida, de verse sin amparo para sustentar á su familia—nunca proyectaba su sombra sobre él.

Comparad el herrero de la era industrial—ó más bien el «herrero negro y blanco»—con el perfecto obrero de antes, que trabajaba en hierro. La herrería estaba á orillas del camino ó en la calle. A través de sus puertas abiertas sorprendíase vislumbres de la naturaleza: se veía todo lo que pasaba. Los viajeros se detenían á figar; los vecinos, á contar ú oír las noticias; los niños, para ver correr el hierro fundido y ver saltar las chispas rojas. Ahora el herrero herraba á un caballo; ya arreglaba un *wagon*; tan pronto forjaba y templaba un utensilio como soldaba un morillo roto ó batía con gracioso arte una grúa para la chimenea ó, cuando no habla otra cosa que hacer, moldeaba hierro.

Id ahora á uno de esos enormes establecimientos que ocupan acres y acres, en el cual se agrupan por miles los trabajadores, y con ayuda del vapor y de la maquinaria se aplica el hierro á sus usos en una fracción del coste del antiguo sistema. No podéis entrar sin permiso de la dirección, porque en cada puerta veréis el aviso: «Se prohíbe la entrada.» Si se os permite entrar, no debéis hablar á los trabajadores; pero eso importa poco, pues entre el ruido y el estruendo, y el girar de ruedas y poleas, no podríais, aunque quisierais. Aquí encontráis hombres que hacen siempre lo mismo: pasar, durante todo el día, barras de hierro por grandes cilindros; presentar planchas á

dentelladas de acero, que voltean, entre el rechinar en que apenas podéis «oíros á vosotros mismos», pedazos de hierro que van y vienen sesenta veces al minuto, hora por hora, día por día, año por año. El rapaz aprende al momento á manejar su máquina particular. Entonces, su progreso se detiene. Puede llegar á viejo sin aprender más. Cuando sus hijos crecen, el único medio que tiene de aumentar sus rentas es mandándolos á trabajar. Por lo que toca á aspirar á hacerse amo de aquel establecimiento, con sus millones de capital en maquinaria y fondos, sería como aspirar á ser Papa ó rey de Inglaterra. No tiene más autoridad sobre las condiciones que le dan el empleo, que la que tiene el pasajero en un coche de ferrocarril sobre el movimiento del tren. Causas que á él no es dable evitar ni prever pueden en cualquier momento detener su máquina y hacerle que ande por el mundo como un trabajador completamente desmañado, desacostumbrado como está á mover una piqueta ó manejar una azada. Cuando los tiempos son buenos y su amo recoge dinero, sólo puede conseguir un ascenso, formando una coalición ó amenazando con formarla. Al menor síntoma de tiempos difíciles sus salarios menguan, y sólo puede resistir formando otra coalición, con lo cual no cobra sueldo por más ó menos tiempo.

No he hablado más que de un oficio; pero la tendencia es idéntica en todos los demás. Esta es la forma que reviste la organización industrial en todo, hasta en la agricultura. Las grandes Compañías acumulan ahora inmensos fondos con el ganado, y las *bonanza farms* están cultivadas por cuadrillas de nómaditas privadas de todo lo que puede llamarse hogar. En todas las ocupaciones el trabajador va divorciándose rápidamente de los utensilios de trabajo; en to-

das partes se van haciendo más notorias las desigualdades de la fortuna. Y esto, en una época en que los ánimos van excitándose; en que las fuerzas del conservaturismo van decayendo; en que la idea de la igualdad humana va propagándose.

Cuando entre los que trabajan y carecen de todo y los que viven en ocioso lujo, hay un abismo tan inmenso que, según la imaginación popular, parecen pertenecer á distintos órdenes de seres; cuando, en nombre de la religión, se inculca con persistencia en la plebe que todas las cosas de este mundo están ordenadas por la divina Providencia, que señala á cada cual su puesto; cuando los niños han aprendido desde su primera infancia que su deber para con Dios y con el hombre es, para emplear las palabras del catecismo episcopal, «honrar y obedecer á la autoridad civil», portarse sumisa y respetuosamente con sus superiores y cumplir su deber en el estado en que Dios se ha servido colocarles; cuando estos consejos de humildad, de satisfacción y de propio envilecimiento están reforzados por la terrible amenaza de una eternidad de suplicios; mientras que, por otra parte, á los pobres se les enseña á creer que si sufren con paciencia su destino en la tierra, Dios, después de la muerte, les llevará á un cielo donde no hay riqueza y pobreza; cuando todo esto sucede, las desigualdades más manifiestas no pueden excitar ni envidia ni indignación.

Mas las ideas que hoy agitan al mundo son distintas de éstas.

Hace cerca de diez y nueve siglos, cuando otra civilización creaba monstruosas desigualdes, cuando las muchedumbres estaban sometidas á desesperante esclavitud, surgió en una aldea judía un desconocido

carpintero que, despreciando las ortodoxias y rituales de la época, predicaba á los labriegos y pescadores el evangelio de la fraternidad de Dios, de la igualdad y fraternidad que enseñaba á sus discípulos á orar por la venida del reino de los cielos sobre la tierra. Los doctores se mofaban de él; los predicadores ortodoxos le denunciaban. Fué acusado de soñador, de perturbador, de «comunista», y, finalmente, la sociedad organizada se alarmó y fué crucificado entre dos ladrones. Pero sus palabras se propagaron, y, divulgadas por fugitivos y esclavos, lucharon contra la fuerza y contra la persecución, hasta que revolucionaron al mundo y sacaron de la arraigada civilización antigua el germen de la moderna. Entonces las clases privilegiadas se aliaron de nuevo, esculpieron la efigie de aquel hombre del pueblo en las cortes y en los sepulcros de los reyes, consagraron en su nombre la desigualdad y por la violencia apelaron á su evangelio para la defensa de la injusticia social. Pero de nuevo comenzaron á agitarse en el espíritu del pueblo las mismas grandes ideas de una paternidad común, de una común fraternidad, de un estado social en que nadie trabajase demasiado y nadie careciese de nada.

Cuando un fuerte viento tropieza con una impetuosa corriente, no pronostica un mar en calma. Y todo el que reflexione en las tendencias opuestas que comienzan á desarrollarse, apreciará la gravedad de los problemas sociales que el mundo civilizado debe resolver muy pronto, y comprenderá el significado de las palabras de Cristo cuando decía: *Pienso que no vengo á traer la paz á la tierra. No vengo á traer la paz, sino una espada.*

CAPITULO V

EL PROCESO DE LA CONCENTRACIÓN

En 1790, en la época del primer censo de los Estados Unidos, las ciudades no tenían más que el $\frac{1}{5}$ por 100 de toda la población. En 1880, las ciudades abarcaban el $\frac{22}{5}$ por 100 de la población. Esta tendencia de la población á concentrarse es uno de los rasgos característicos de nuestra época. En todo el mundo civilizado las grandes ciudades aumentan más rápidamente que la población total. El crecimiento de la población de Inglaterra y Escocia durante el siglo actual, ha residido en las ciudades. En Francia, donde la población está casi estacionaria, las grandes ciudades se van haciendo mayores año por año. En Irlanda, donde mengua rápidamente la población, Dublín y Belfast crecen no menos rápidamente.

Los grandes agentes—el vapor y la maquinaria—que así acumulan la población en las ciudades, obran todavía más poderosamente para concentrar la industria y el comercio. Esto puede verse dondequiera que las nuevas fuerzas han penetrado en todas las ramas de la industria, desde las más primarias, como la agricultura, la minería y la pesca, hasta las creadas por invención reciente, como el ferrocarril, el telégrafo y el alumbrado por gas ó electricidad.

La autoridad de la Oficina del Censo de los Estados Unidos ha establecido que en todo el país disminuye la extensión media de las fincas. Esta afirmación no sólo es incompatible con todos los hechos evidentes en los Estados Unidos, y con las tendencias de la agricultura en otros países, como la Gran Bretaña, sino con los informes de la misma Oficina del Censo. Según el «Compendio del décimo censo», el aumento del número de fincas en los Estados Unidos durante la década comprendida entre 1870 y 1880, fué de 50 por 100, y los informes de las ocho clases de fincas enumeradas demuestran una rápida disminución en las fincas más pequeñas y un rápido aumento en las mayores. En la clase de menos de tres acres, la disminución en estos diez años fué de un 37 por 100; entre tres y diez acres, de 21 por 100; entre 10 y 20 acres, de 14 por 100; entre 20 y 50 acres, menos de 8 por 100. Con la clase que comprende las incluidas entre 50 y 100 acres, comienza el aumento, ascendiendo en esta clase al 37 por 100. En la clase siguiente, entre 100 y 500 acres, el aumento es casi de 200 por 100. En la clase de más de 1.000 acres, la mayor dada asciende casi al 700 por 100.

Los informes del Censo, en vez de dar ningún motivo para la afirmación de que la extensión media de las fincas en los Estados Unidos disminuyó de 153 acres en 1870 á 134 acres en 1880, prueban, por un examen detallado de ellos, lo que demuestra la observación vulgar; que ha habido un considerable aumento en la extensión media. El hecho indiscutible es que como todo lo demás, la posesión de la tierra se concentra y la agricultura progresa en mayor escala. Esto se debe á los adelantos en la maquinaria agrícola, que hace de la agricultura un oficio que requiere

más capital, al encarecimiento del valor de la tierra, á los cambios producidos por los ferrocarriles y á las ventajas que los impuestos especiales dan á los grandes productores sobre los pequeños. No cabe duda de que esta es una tendencia que marcha á paso acelerado. La nueva era de la agricultura está comenzando. Y cualesquiera que sean sus ganancias, incluye la reducción del gran gremio de labradores americanos á los arrendadores ó jornaleros. No hay medio de comprender el aumento de jornaleros agrícolas en los Estados Unidos durante los últimos diez años si los informes sobre los arrendamientos no se suponen anteriores al último censo; pero esto demuestra que en los Estados Unidos no había en 1880 menos de 1.024.601 agricultores renteros (1). Si, además de esto, pudiésemos conseguir el número de arrendadores que nominalmente poseen su propia tierra pero que en realidad están pagando renta en forma de interés sobre hipoteca, el resultado sería asombroso.

Apenas es necesario hablar de cómo en todas las demás ramas de la industria se lleva á cabo el mismo proceso. Es indudable que el mecánico se va convirtiendo en un operario, el tendero menudo en un comerciante con grandes fondos, el pequeño negociante en un escribiente, y que los hombres, bajo el antiguo sistema independiente, se ponen con más ahinco al servicio de grandes firmas y compañías. Pero el efecto de esto apenas se observa. Una numerosa clase del pueblo, en la que se incluyen muchos profesores públicos, está diciendo constantemente que sólo la energía, la industria y la economía son necesarias para el éxito de los negocios; están constantemente

(1) El número total de agricultores y plantadores se calcula en 4.225.945.

señalando el hecho de que los hombres que comenzaron con nada son ahora ricos, como prueba de que cualquiera puede comenzar con nada y hacerse rico.

Es cierto que la mayoría de nuestros americanos ricos comenzaron con nada. Pero que se consiga ahora tan fácilmente el mismo éxito, no es verdad. Las épocas de transición siempre proporcionan oportunidades para el engrandecimiento de los individuos, oportunidades que desaparecen cuando se restablecen de nuevo las relaciones sociales. No sólo hemos invadido un nuevo continente, sino que la introducción del vapor y la aplicación de la maquinaria han producido cambios industriales que el mundo nunca vió.

Cuando Guillermo el Conquistador repartió á Inglaterra entre sus partidarios, se creó una aristocracia feudal de un ejército de aventureros. Pero cuando la sociedad se hubo vigorizado de nuevo, hablase formado una nobleza hereditaria en la cual ningún hombre vulgar podía tener esperanzas de entrar, y los descendientes de los aventureros de Guillermo consideraron á los hombres de la clase de sus padres como á seres formados de una arcilla inferior. Así, cuando una nueva nación se organiza rápidamente, los que llegan mientras la tierra está barata y la industria y el comercio en vías de formación, tienen ventajas que no pueden tener los que hacen lo mismo cuando la tierra se ha puesto cara y la sociedad está formada.

Los hombres ricos de la primera generación en un nuevo país son siempre hombres que no se sobrecojen por nada, pero los hombres ricos de las generaciones subsiguientes son, por lo general, los que tienen bastante miedo. En los Estados Unidos, cuando oímos hablar de un hombre rico, preguntamos como cosa

muy natural: «¿Cómo hizo su dinero?», porque la presunción en la mayoría del país es que la adquirió por sí mismo. Pero aunque el suelo de Inglaterra fué repartido hace mucho, los grandes cambios consiguientes á la introducción del vapor y de la maquinaria han proporcionado, allí como aquí, oportunidades para elevarse desde las filas del trabajo á la gran riqueza. Estas oportunidades han concluido ahora ó van á concluir. Cuando un tren se mueve lentamente, es señal de que va á haber una parada. Pero en unos minutos los que no se paran aquí y bajan se ven desesperados para tomar de nuevo el tren. Es absurdo pensar que es fácil montar en el tren que marcha con toda velocidad porque algunos lo consigán á duras penas. Así también es absurdo pensar que las oportunidades presentadas cuando el vapor y la maquinaria comenzaban su obra de concentración subsisten todavía.

Un amigo inglés, rico fabricante de Manchester, retirado, me contó una vez la historia de su vida. Comenzó á trabajar á los ocho años de edad, ayudando á hacer bramante. De joven pasó á Manchester, y habiendo adquirido un fardo de lino, lo convirtió en bramante, y lo vendió. Después, estableciendo un pequeño comercio, obligó á los demás á trabajar para él. Cuando comenzó la maquinaria á inventarse y á introducirse el vapor, se aprovechó de ellos hasta que tuvo un gran almacén, é hizo una fortuna. Después se retiró á pasar tranquilamente el resto de sus días, dejando el negocio á su hijo.

«Suponiendo que usted fuese un joven ahora, dije, ¿haría eso otra vez?»

«No, replicó; nadie lo haría. No lo haría ni con cincuenta mil pesos, en lugar de mis cinco chelines.»

Así ocurre con todos los oficios en que los nuevos

agentes han comenzado á alcanzar algún desarrollo. Leland Stanford conduca un tiro de bueyes; Enrique Villard vino á los Estados Unidos desde Alemania, siendo un pobre muchacho; se hizo *reporter* de un periódico, y arrastró una mula desde Kansas City hasta Denver cuando las llanuras estaban pobladas de indios, cosa que nadie hubiera hecho. Stanford y sus asociados llevaron á cabo la empresa del Pacífico Central, con las dotaciones de su gobierno, y son ahora dueños de unas doce mil millas de ferrocarril, millones de acres de tierra, líneas de navegación, compañías y barcos, y periódicos que no dicen nada de los diputados, jueces, etc. Así Enrique Villard, por una serie de accidentes afortunados, que tuvo energía y tacto para aprovechar, se apoderó de las combinaciones de la Compañía de navegación de Oregon y de las dotaciones del Pacífico Septentrional, y se ha hecho el rey de los ferrocarriles del inmenso dominio Norte de las posesiones de Stanford, poseyendo asimismo sus millares de millas de ferrocarril, millones de acres de tierra, sus periódicos, sus servidores políticos y literarios, aunque todavía está por ver si será capaz de resistir con persistencia á los mayores reyes de los ferrocarriles.

Ahora bien; oportunidades como las que hicieron tan grandes á Stanfords y á Villards, no sólo se presentan con el descubrimiento de nuevos países y el desarrollo de nuevos agentes industriales; pero la subida de los Stanfords y Villards hace imposible la subida de otros como ellos. Cualquiera que ahora organiza una línea férrea dentro de los dominios de ambos, debe hacerse subordinado y tributario de ellos. Sólo el gran rey del ferrocarril puede luchar con el otro gran rey, y el dominio del sistema de ferrocarril no

sólo da á los reyes del ferrocarril el dominio de los ramales, de las compañías de expresos, de las líneas de diligencias, de las líneas de navegación, etc.; no sólo les habilita para hacer ó deshacer en las pequeñas ciudades, sino que les autoriza, cuando cualquiera establece un negocio que exige transporte, para hacer entrar en sus bolsillos todo sobrante que, después de diligente examen, piensen que debe haber. La creación de estas grandes fuerzas es como el desarrollo de un gran árbol, que chupa la humedad del suelo que le sustenta, y con su sombra no deja medrar la otra vegetación.

Así obra también la concentración en todos los negocios. La fábrica grande aplasta á la pequeña. Los géneros al por mayor destruyen los géneros al por menor, hasta que se desembarazan de su competencia. En el tejado del edificio de la Compañía Americana de Noticias, en la calle de Chambers, de New-York, hay un vendedor de periódicos esculpido en mármol. Así comenzó el hombre que maneja aquellos grandes intereses. Pero lo que era al principio la unión de algunos vendedores de periódicos para la conveniencia mutua, se ha convertido en una poderosa empresa que, combinación por combinación, sostenida por el capital y administrada con habilidad, ha llegado á la tentativa de destruir ó repartir su monopolio. El vendedor de periódicos puede mirar á la estatua que corona el edificio, como el joven inglés que va á la India á ocupar un puesto eclesiástico puede mirar á la estatua de lord Clive. Es una lección y un incentivo, creedlo; pero así como las victorias de lord Clive, al establecer el predominio inglés en la India, hicieron imposible en lo sucesivo aquella carrera suya, así el éxito de una empresa como la Compañía Americana

de Noticias hace imposible para hombres de poco capital fundar otra sociedad así.

Así, el impresor puede mirar el edificio de la *Tribuna* ó el escritor de periódicos el del *Heraldo*. Un Greely ó un Bennett no contaría con establecer un periódico de primera clase en New-York ó tomar la dirección de uno ya establecido, á no ser que consiguiese que un Jay Gould les apoyase. Aun en nuestras ciudades más nuevas ha pasado la época en que algunos impresores y algunos escritores combinaban y publicaban un periódico diario. Sin hablar nada de la corporación de la Prensa Asociada, el periódico se ha convertido en una inmensa máquina, que requiere gran capital, y en su mayor parte está escrito por jornaleros literarios, que deben escribir para complacer al capitalista que lo dirige.

En la última generación, un indio bien ataviado hubiera considerado como un buque muy grande al que tuviese 500 toneladas. Ahora se contruyen goletas costeras de 1.000 toneladas. No hace mucho que nuestros vapores de primera clase eran de 1.200 á 1.500 toneladas. Ahora los trasatlánticos tienen 10.000 toneladas. No sólo hay relativamente menos capitanes, sino que el sueldo de los capitanes modernos no es tan bueno. El capitán de un gran buque trasatlántico, con mil quinientas vidas y tal vez dos millones de propiedad dependiendo de su habilidad y vigilancia, me dijo ha poco que no ganaba más ahora que cuando, de joven, mandaba un pequeño barco de vela. Ya no hay ninguna «prima», ninguna «pacotilla», ninguna probabilidad de hacerse dueño á la vez que capitán de uno de estos grandes buques.

En cualquier estado de cosas, á no ser en un rígido sistema de casta hereditaria, habrá siempre, natural-

mente, hombres que, á fuerza de grandes habilidades y felices azares, pasen de la pobreza á la riqueza y de una posición mezquina á una elevada; pero las tendencias vigorosas de la época son hacer esto cada vez más difícil. Jay Gould es probablemente un hombre más hábil que el actual Vanderbilt. Si hubiesen empezado juntos, Vanderbilt hubiera sido ahora un pobre diablo, mientras que Gould contaría por veintenas sus millones. Pero con toda su habilidad para hacer dinero, Gould no pudo sobreponerse al ímpetu dado por las enormes adquisiciones del primer Vanderbilt. Y cuando los hijos de los grandes «*money-makers*» actuales ocupen sus puestos, las probabilidades de rivalidad por parte de los hijos de cualquier otro será mucho menor.

Todas las tendencias actuales no son únicamente hacia la concentración, sino hacia la perpetuación de las grandes fortunas. No hay cruzadas; los hábitos del rico no les hacen disipar sus fortunas en esas extravagancias; las grandes operaciones han pasado de moda y las jugadas de bolsa son más peligrosas para los bolsillos repletos que para los vacíos. Las rentas, las obligaciones, las hipotecas, los depósitos de seguros y las compañías de crédito contribuyen á la retención de las grandes riquezas, y todos los agentes modernos ensanchan la esfera de su provechoso empleo.

Por otra parte, el mero trabajador se va haciendo cada vez más impotente y los capitales reducidos encuentran cada vez más difícil el competir con los grandes. Las mayores compañías de ferrocarriles absorben á las menores; una gran compañía de telégrafos ya dirige los alambres del telégrafo de todo el continente, y, para resarcir el coste de comprar más patentes, paga inventores que no inventan. Como en Inglaterra casi todas las casas públicas han pasado á manos de

los grandes cerveceros; así, en los Estados Unidos, las grandes firmas ocultan jóvenes que forman hipotecas de bienes muebles sobre sus rentas. Como en la Gran Bretaña, el surtido de comestibles y bebidas para los viajeros del ferrocarril, ha pasado á manos de una sola gran compañía, y en París, un gran *restaurant*, con numerosas ramificaciones, se apodera de los pequeños; así en América los muchos que venden periódicos y nueces en los trenes, son empleados de las compañías, y las mismas compañías llevan los equipajes y transmiten los recados.

No niego que esta tendencia favorece ampliamente la conveniencia pública. Únicamente indico que la tal tendencia existe. Está produciéndose en todo el mundo civilizado un gran cambio semejante á esa infeudación que en Europa, durante el nacimiento del sistema feudal, convirtió en vasallos á los propietarios y dejó toda la sociedad subordinada á una jerarquía de riqueza y privilegio. Poco importa que la nueva aristocracia sea hereditaria ó no. Sólo la casualidad puede determinar quién ganará los pocos premios de una lotería. Pero no es menos cierto que la gran mayoría de los que toman parte en ella, deben sacar billetes. Las fuerzas de la nueva era no han tenido tiempo para hacer hereditario el Estado, pero podemos ver con evidencia que cuando la organización industrial obliga á mil trabajadores á ponerse al servicio de un amo, la proporción de los amos con los criados será de uno á mil, aunque ese uno salga de las filas de los mil. ¡Amo! De este lado del Atlántico no nos gusta la palabra. ¡No es americana! Mas ¿qué importa oponerse á la palabra cuando tenemos la cosa? El hombre que me da ocupación, que yo debo soportar, ese hombre es mi amo, llámele yo como quiera.